

## «La ropa en el balde»

*Rutinas y ética popular frente a la violencia  
en los márgenes urbanos*

**LUCÍA ÁLVAREZ / JAVIER AUYERO**

Basado en un trabajo de campo etnográfico y en una investigación periodística en dos barrios altamente violentos y pobres de la provincia argentina de Buenos Aires, este artículo retrata el modo en que los vecinos elaboran estrategias para lidiar con los riesgos que acechan sus vidas y las de sus seres queridos. Sitiados por la violencia interpersonal, vecinos de barrios relegados establecen rutinas y tejen relaciones sociales para superar y responder al peligro físico. Al hacerlo, ejercitan un «ética popular» aún inexplorada en la literatura sobre violencia urbana en América Latina.

Tras la muerte inesperada de su hija Amy, Roger Rosenblatt y su esposa Ginny decidieron mudarse a la casa de su yerno y empezar allí una nueva etapa como abuelos de los tres niños pequeños que había dejado su hija. Unos años después de ese hecho, Rosenblatt escribió *Making Toast*<sup>1</sup>, el libro donde relata cómo continuó la

vida después de esa pérdida devastadora. «Me levantaba muy temprano en la mañana, ponía la mesa para los chicos y cuando bajaban, hacía tostadas (...) Cada mañana, se repetía esa rutina, el pan, las tostadas y así empezaba el día. De ese modo, inclusive inconscientemente, el acto de hacer tostadas se volvía un símbolo de cómo seguir

---

**Lucía Álvarez:** socióloga y periodista. Es maestranda en Antropología Social en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (IDAES-UNSAM) / Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) y redactora del diario *Tiempo Argentino*.

**Javier Auyero:** profesor de sociología en la Universidad de Texas-Austin. Es autor de *Pacientes del Estado* (Eudeba, Buenos Aires, 2014) y, junto con María Fernanda Berti, de *La violencia en los márgenes* (Katz, Buenos Aires, 2013).

**Palabras claves:** drogas, ética popular, peligro, violencia urbana, Buenos Aires, Argentina.

1. R. Rosenblatt: *Making Toast*, Harper Collins, Nueva York, 2010.

adelante con nuestras vidas», explicó Rosenblatt en una entrevista.

Hacer tostadas era, a sus ojos, una forma de continuar a pesar del sufrimiento psíquico; también, desde una lectura alternativa a la del autor, un modo de recobrar cierta predictibilidad en un mundo carente de certezas. Una apuesta por cuidar de, y vivir la vida con otros. Hacer tostadas encapsula, así, el problema de cómo las personas establecen rutinas y aplican una ética del cuidado en medio de la incertidumbre y el dolor. Esa relectura es, en más de un sentido, la inspiración analítica de este texto.

Tomando como base un trabajo de campo y una investigación periodística de más de 30 meses en dos barrios altamente violentos y pobres de la provincia de Buenos Aires en Argentina, este artículo retrata el modo en que sus habitantes elaboran estrategias para «seguir adelante» ante los riesgos que acechan sus vidas y las de sus seres queridos, y a pesar de las profundas carencias materiales y simbólicas. Atrapadas como están en una serie de violencias interpersonales, esas personas establecen rutinas, no sin esfuerzos, y tejen relaciones de distinto tipo para superar y responder a esas experiencias. Al hacerlo, ejercitan lo que, parafraseando a los antropólogos Veena Das y Michael Lambek, llamaríamos una «ética popular»<sup>2</sup>.

Investigaciones recientes demuestran que los entornos violentos logran, en muchos casos, desarticular las rutinas diarias<sup>3</sup>. Sin embargo, aquí trabajaremos sobre el conjunto de «pequeños actos que permiten tejer la vida de par en par»<sup>4</sup>. El propósito es localizar, descubrir y diseccionar estas rutinas rearticuladoras para comprender qué es lo que los agentes hacen en medio del peligro. De ese modo, nuestro ensayo invita a alejarse del aspecto más espectacular y horrorizado de la violencia y a situar la ética en un registro más mundano.

Esas estrategias, individuales o colectivas, a veces consiguen evitar con éxito las violencias circundantes; muchas otras veces, no, y en algunas oportunidades, incluso desatan más violencia. Sin embargo, bajo el microscopio etnográfico, aun esas prácticas que parecen perpetrar el daño contienen un afán ético que las distingue de la mera crueldad.

---

2. V. Das: «Ordinary Ethics: The Perils and Pleasures of Everyday Life» en D. Fassin (ed.): *A Companion to Moral Anthropology*, Wiley-Blackwell, Nueva York, 2012, pp. 133-149; M. Lambek (ed.): *Ordinary Ethics: Anthropology, Language, and Action*, Fordham University Press, Nueva York, 2010.

3. V. Elijah Anderson: *Code of the Street: Decency, Violence, and the Moral Life of the Inner City*, W.W. Norton, Nueva York, 1999; Philippe Bourgois: *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio* [1995], Cambridge University Press, Cambridge, 2003; James Gabarino: «Children's Response to Community Violence: What Do We Know?» en *Infant Mental Health Journal* vol. 14 Nº 2, 1993, pp. 103-115.

4. V. Das: ob. cit., p. 139.

## ■ La violencia y sus efectos en los barrios periféricos de América Latina

En las últimas dos décadas, distintas investigaciones alertan sobre el modo en que muchos países de América Latina vieron florecer nuevas formas de violencia interpersonal<sup>5</sup>, un proceso que se vincula, aunque no linealmente, al protagonismo de la violencia en la historia política de la región<sup>6</sup> y que, según advierten varios autores, podría hoy poner en juego la estabilidad de las democracias latinoamericanas<sup>7</sup>.

Lo novedoso del carácter multifacético y omnipresente de la violencia en sectores socialmente vulnerables es un tema de debate en el campo académico e intelectual. Sin embargo, existe cierto consenso en definir los primeros años de la década de 1990 como un punto de inflexión. Como señalan Peter Imbusch, Michel Misse y Fernando Carrión<sup>8</sup>, mientras en la región retrocedió el fenómeno de la violencia política, se multiplicaron otras violencias (interpersonales, domésticas, sexuales, vinculadas al mercado ilícito de drogas), que varían en sus formas y que, en contraste con décadas pasadas, están localizadas en áreas urbanas.

En particular, en Argentina, este proceso coincidió con la preocupación por afianzar los mecanismos formales de la democracia después de la última

experiencia dictatorial. La preocupación por eliminar la violencia del repertorio de acción política tuvo como contracara cierta desatención a otras formas de violencia que emergían y que fueron caracterizadas como «sociales», a pesar de ser cometidas, algunas de ellas, por el mismo Estado<sup>9</sup>. En la actualidad, esas formas de violencia social sofocan la vida diaria de los más desposeídos y especialmente de los habitantes más jóvenes, sean estos víctimas o perpetradores.

Afirmar que, en muchos casos, distintas violencias atraviesan de modo cotidiano la vida de los sectores po-

5. Ver Kees Koonings: «Armed Actors, Violence and Democracy in Latin America in the 1990s» en *Bulletin of Latin American Research* vol. 20 N° 4, 2001, pp. 401-408; K. Koonings y Dirk Kruijt (eds.): *Fractured Cities: Social Exclusion, Urban Violence and Contested Spaces in Latin America*, Zed Books, Londres, 2007; Dennis Rodgers, Jo Beall y Ravi Kanbur (eds.): *Latin American Urban Development into the Twenty First Century: Towards a Renewed Perspective on the City*, Palgrave, Nueva York, 2012.

6. Peter Imbusch, Michel Misse y Fernando Carrión: «Violence Research in Latin America and the Caribbean: A Literature Review» en *International Journal of Conflict and Violence* vol. 5 N° 1, 2011, pp. 87-154.

7. Ver Desmond Arias y Daniel Goldstein (eds.): *Violent Democracies in Latin America*, Duke University Press, Durham, 2010; Teresa Caldeira: *City of Walls: Crime, Segregation, and Citizenship in São Paulo*, University of California Press, Berkeley, 2001; Jenny Pearce: «Perverse State Formation and Securitized Democracy in Latin America» en *Democratization* vol. 17 N° 2, 2010, pp. 286-386; Gareth Jones y Dennis Rodgers (eds.): *Youth Violence in Latin America: Gangs and Juvenile Justice in Perspective*, Palgrave, Nueva York, 2009.

8. P. Imbusch, M. Misse y F. Carrión: ob. cit.

9. Dennis Merklen: *Pobres ciudadanos*, Gorla, Buenos Aires, 2010.

pulares no obliga a asumir también los prejuicios moralistas que pesan sobre ellos. E incluso, invita a ver la otra cara del sentimiento de inseguridad<sup>10</sup>, una preocupación que gana cada vez más terreno en las agendas públicas latinoamericanas y que suele reducir el problema a los comportamientos de los jóvenes marginales. No hay una asociación necesaria entre pobreza y violencia, pero sí hay una experiencia imposible de desoír.

Decenas de trabajos de los últimos años muestran que una exposición crónica al tipo de violencia que se encuentra en estos barrios tiene efectos perniciosos y duraderos en la vida de sus habitantes, en su desarrollo emocional y personal<sup>11</sup>. Algunos incluso la asocian a los síntomas del estrés postraumático: ansiedad, depresión y problemas vinculados a un comportamiento agresivo. Particularmente devastadores son los efectos en los niños, su salud mental y su seguridad, en sus relaciones sociales y sus rendimientos académicos<sup>12</sup>. Según argumentan Gayla Margolin y Elana B. Gordis, la violencia puede incluso «quebrar el supuesto fundamental de aprender a confiar en otros y crear relaciones seguras»<sup>13</sup>.

A pesar de la gran cantidad de estudios sobre violencia urbana, aún sabemos bastante poco sobre el modo en que las personas responden a ella. Muchos etnógrafos y periodistas entendieron que la represalia directa era

la respuesta más común a la agresión interpersonal. Las acciones colectivas, organizadas en comunidad, ya sea bajo la forma de linchamiento o de vigilancia, son formas de replicar a esa violencia. Sabemos aún menos sobre las prácticas y rutinas, más mundanas y menos públicas, que los vecinos de los barrios periféricos establecen para prevenir y proteger a sus seres queridos. Este trabajo apunta a llenar ese vacío.

Los reiterados robos, los asesinatos, las balas perdidas y los ataques sexuales crean un clima en que la violencia se vuelve cotidiana e impredecible. En un esfuerzo por ganar algún control sobre sus vidas, las personas procuran mantener y respetar una rutina diaria que, de acuerdo con más de un estudio sociológico<sup>14</sup>, tiene un efecto ordenador y tranquilizador.

---

10. Gabriel Kessler: *El sentimiento de inseguridad*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009.

11. V., por ejemplo, Mary E. Schwab-Stone et al.: «No Safe Haven: A Study of Violence Exposure in an Urban Community» en *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry* N° 34, 1995, pp. 1343-1352.

12. V., por ejemplo, Albert D. Farrell et al.: «Problematic Situations in the Lives of Urban African American Middle School Students: A Qualitative Study» en *Journal of Research on Adolescence* vol. 17 N° 2, 2007, pp. 413-454.

13. G. Margolin y E.B. Gordis: «The Effects of Family and Community Violence on Children» en *Annual Review of Psychology* N° 51, 2000, pp. 445-479.

14. Carol Heimer: «Cases and Biographies: An Essay on Routinization and the Nature of Comparison» en *Annual Review of Sociology* N° 27, 2001, pp. 47-76.

Uno de los principales efectos de la violencia en la vida cotidiana es el aislamiento de sus habitantes y la sensación extendida de temor en el barrio. Pero, también, como veremos a continuación, esa violencia trae aparejada una coordinación y una programación de actividades que nos hablan de una ética del cuidado entre familiares y vecinos, y de un sentido de la responsabilidad.

### ■ Lugares y métodos

El trabajo etnográfico en el que se basa este artículo estuvo situado en Ingeniero Budge, una localidad del sur del Conurbano bonaerense, ubicada junto a la ribera del Riachuelo<sup>15</sup>. El lugar, conformado por una histórica superposición de tres formas urbanas distintas (barrios obreros, asentamientos y villas), presenta niveles extremos de privación de infraestructura urbana: calles de tierra, irregularidad en la recolección de basura, cloacas abiertas, aceras rotas, escasa iluminación.

Sin embargo, no resultaría del todo cierto afirmar que Ingeniero Budge se encuentra totalmente abandonado por el Estado. La existencia de establecimientos educativos, un importante hospital público y salas de primeros cuidados marcan una presencia, así como también lo hacen los programas de transferencia condicionada de ingresos, como la Asignación Universal por Hijo (AUH) y

el Programa de Inversión Social con Trabajo «Argentina Trabaja» (PRIST) u otros planes de asistencia, como el Plan Vida. Junto con esos planes, las redes políticas informales y los comedores de la Iglesia católica o financiados por el Partido Justicialista (peronista) también nutren a los pobladores de recursos básicos, como alimentos y medicinas.

Finalmente, el mercado de trabajo informal (sobre todo en los rubros de la construcción, el servicio doméstico y el reciclaje de basura) contribuye a los ingresos familiares, así como lo hace la feria informal más grande del país, La Salada.

Si bien se ha retratado como un caso de dinamismo económico, nos interesa destacar no solo la intensa relación económica y laboral entre la población de Ingeniero Budge y La Salada (relación que incluye altos niveles de explotación y trabajo infantil), sino también la violencia interpersonal que acompaña las operaciones allí realizadas. A pesar de las medidas de seguridad privadas y estatales, son frecuentes los robos violentos y las disputas en torno del control de los espacios.

Paralelamente, la investigación periodística se desarrolló durante dos

---

15. Para detalles del trabajo de investigación, v. J. Auyero y María Fernanda Berti: *La violencia en los márgenes*, Katz, Buenos Aires, 2013.

años (2009 y 2010, aunque con visitas permanentes desde 2011 hasta la actualidad) en otra zona del Conurbano bonaerense, específicamente en un Núcleo Habitacional Transitorio (NHT) ubicado en el límite entre Isidro Casanova y Ciudad Evita, en el partido de La Matanza, y construido en el marco del proceso de erradicación de villas que inauguró la Revolución Libertadora en 1955 y continuó la Revolución Argentina<sup>16</sup>. En sus orígenes, el NHT contaba con servicios de agua corriente, cloacas, electricidad e iluminación en las esquinas, y un administrador era responsable de mantener el código de convivencia, con horarios y normas.

Los habitantes sitúan el alejamiento paulatino del administrador, en los primeros años 90, como el principio del «abandono». Desde entonces, el barrio sufrió un declive en las condiciones de infraestructura y hoy, como en Ingeniero Budge, cuenta con basura en las esquinas y agua estancada en los pasillos. Al sitio casi no ingresan la policía, las ambulancias ni el correo.

Pero aquí tampoco puede hablarse de un abandono total del Estado: el barrio cuenta con una escuela y una sala de atención primaria de la salud a pocos metros, una pequeña parroquia, un comedor, una biblioteca popular y, desde hace unos años, un local de la agrupación La Címpora, del sector kirchnerista del peronismo.

Algunos de sus habitantes son beneficiarios, además, de la AUI, el Plan Argentina Trabaja y otros programas municipales y provinciales.

Junto con el deterioro socioambiental, el barrio comenzó a presenciar la llegada del negocio de drogas ilícitas, razón por la cual fue bautizado por sus vecinos como «el país de los muertos vivos». Las notas de campo muestran una presencia constante de niños derrumbados en los pasillos o sobre la avenida, fumando paco (pasta base de cocaína). «Escuálidos», «rastreros» o «torcidos» son solo algunas de las formas de llamarlos. A algunos también les dicen «los veteranos de guerra»: son los que perdieron una pierna o un brazo, quienes despertaron del *trip* en las vías de la estación.

Asistentes sociales, psicólogos, pastores y maestros estiman que casi todas las familias tienen un integrante con problemas de adicción o dedicado al mercado de drogas ilícitas. Todas estas condiciones han generado un crecimiento de los niveles de violencia interpersonal (robos, disputas entre vendedores, balas perdidas, abusos sexuales, violencias familiares) y un enfrentamiento con los otros asentamientos de la zona, que rechazan el ingreso del paco en sus barrios.

---

16. Eduardo Blaustein: *Prohibido vivir aquí*, Punto de Encuentro, Buenos Aires, 2006.

## ■ Donde está la violencia

En Argentina, y especialmente en la zona metropolitana de Buenos Aires, el aumento de la violencia social y criminal es evidente. Los datos oficiales muestran una duplicación de las tasas de criminalidad entre 1995 y 2008: de 1.146 a 2.010 hechos delictivos cada 100.000 habitantes, y de 157 a 536 crímenes contra las personas<sup>17</sup>.

Este crecimiento, sin embargo, no se distribuye democráticamente: es en los barrios pobres donde la violencia interpersonal se propaga de un modo mucho más extendido<sup>18</sup>. De acuerdo con la Defensoría General del Municipio de Ingeniero Budge, los homicidios crecieron 180% en menos de cuatro años: de 17 homicidios simples en 2007 a 48 entre enero y octubre de 2012. La tasa de homicidio en Budge es cuatro veces mayor a la de la provincia de Buenos Aires: 28,4 cada 100.000 habitantes frente a 6,9.

En el caso de La Matanza, un informe sobre homicidios dolosos de 2012 elaborado por el Instituto de Investigaciones de la Corte Suprema de Justicia de la Nación mostró que el partido más poblado de la provincia de Buenos Aires y el segundo más poblado de la República Argentina presenta una tasa de 9,34 homicidios cada 100.000 habitantes, apenas un poco por encima de la tasa del Conurbano, 7,66 cada 100.000 habitantes, pero casi el doble de lo registrado

en la ciudad de Buenos Aires, que alcanzó 5,46<sup>19</sup>.

Sin embargo, analizando la tasa correspondiente a las distintas localidades que componen el partido, se observa que dos de ellas, de menor nivel socioeconómico, superan ampliamente la tasa de homicidios general. Una de ellas es Ciudad Evita, con 29,04 cada 100.000 habitantes, y la otra, San Justo, con 18,3. En contraposición, Ramos Mejía solo presenta 0,83.

Más significativa aún es la advertencia sobre las «zonas de gran concentración», compuestas no solo por los barrios de emergencia, sino también por aquellos lugares urbanizados con alta densidad poblacional. «En general se verifica que no hay desplazamiento de homicidios dolosos de las zonas de concentración a las restantes, o sea, que no se trata de víctimas de otros barrios ni de otras clases sociales, sino que la violencia se manifiesta entre los propios habitantes de las zonas de concentración», indica el informe.

Nuestras notas de campo en Ingeniero Budge y nuestro trabajo periodístico en La Matanza registran que las balas perdidas, las violaciones, los abu-

---

17. Dirección Nacional de Política Criminal (DNPC): «Hechos delictivos registrados: 2008», Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos, Buenos Aires, 2008.

18. J. Auyero y M.F. Berti: ob. cit.

19. Corte Suprema de Justicia de la Nación (CSJN): «Informe Homicidios Dolosos 2012», Buenos Aires, 2013, <[www.csjn.gov.ar/investigaciones/](http://www.csjn.gov.ar/investigaciones/)>.

sexuales, los enfrentamientos entre bandas, los robos armados y las peleas callejeras son algunas de las mayores preocupaciones de sus habitantes en general, y entre los jóvenes y niños en particular.

Jóvenes y adultos comprenden que la violencia es producto de una serie de eventos interrelacionados. Según sus evaluaciones, las malas compañías llevan al consumo de drogas; el consumo lleva a cometer robos para seguir consumiendo o a la venta de estupefacientes, y todas esas actividades llevan, más tarde o más temprano, a la prisión o a la muerte. «Yo no quiero que me lleven cigarrillos, ni flores», es una de las frases de los jóvenes que entienden la cercanía de cualquiera de esos dos destinos.

#### ■ Rutinas, ética y cuidado, o sobre cómo se puede seguir adelante

«Para que no saliera a robar, le metíamos la ropa en un balde. Porque era más fuerte el gusto por verse bien que el gusto por la droga». La familia cuenta la anécdota al pasar. Meterle la ropa en un cubo con agua es una de las tantas estrategias de Cristina para que Juan, su hijo mayor, se «aislara del barrio». Cristina vive en el NHT desde 1982. Allí tuvo diez hijos. Los crió a pura disciplina. Los sacaba de la escuela y los subía a los colectivos, a vender cualquier cosa, lo que sea con tal de que viajaran «lejos del poxi y del paco».

El «buen ejemplo», sin embargo, no la libró de que su hijo Juan «terminara mal». Cuando cayó preso por primera vez, le dijo: «Un error lo comete cualquiera, pero si volvés a hacerlo, te vas». Temía que se le armara «una cadena». Cuando volvió a lo mismo, lo echó de casa. A los pocos meses, Juan mató al hijo de un policía y lo mandaron a la cárcel de Caseros. Murió en un traslado a Chaco, en una pelea entre presos.

«Es difícil criar a los chicos acá, con todo a mano, todo a la vista. Los cuidamos siempre de la mala junta, que no anden mucho por el barrio, siempre a una hora tenían que estar adentro de la casa. Sí o sí. Todo muy controlado», relata Cristina.

Durante el trabajo en los dos barrios fue frecuente escuchar a los vecinos decir que «nada pueden hacer» con esa violencia que los expone a ellos y a sus hijos a situaciones de peligro o daño. Muchos coinciden, además, en que existe una sensación general de miedo y en que eso tiene, a su vez, un efecto desmovilizador. En una reunión comunitaria en Ingeniero Budge, algunos participantes lo señalaban: «Mucha gente está enojada con toda esta inseguridad pero tienen miedo de venir a las reuniones. No quieren denunciar nada porque temen no poder volver a sus casas», comentaba uno; «tienen miedo porque piensan que los narcos actúan en complicidad con las autoridades», completaba otro.



El temor, coinciden todos, paraliza. Y el silencio, en paralelo, corroe las posibilidades de organizarse colectivamente para resistirlo. «Antes los vecinos nos cuidábamos entre nosotros. Ahora no. Ahora ven que te están robando y miran para el otro lado, ninguno se mete. Y por ahí es el vecino que te conoció de toda la vida», contaba Marcela, una vecina de La Matanza. «Mi hijo no conoció al papá. Dicen que le tiraron de un coche. Pero hasta el día de hoy no sé qué pasó porque acá la gente no quiere hablar. En todos los barrios pasa lo mismo, uno tiene que aguantar un montón de cosas y te dicen que te calles la boca», agregaba Florencia, otra vecina del NHT.

Sin embargo, todavía es válida la máxima de la antropología sobre la distancia que existe entre lo que la gente dice y lo que la gente efectivamente hace. En los años de trabajo de campo e investigación, hemos encontrado diversas expresiones de organización y cuidados colectivos. No todo es miedo o impotencia. Los habitantes de estos barrios se aseguran y, de cierta manera, organizan su vida para evitar la violencia.

Esta ética del cuidado, lo que Hayder Al-Mohammad denomina una ética del «suelo áspero»<sup>20</sup>, se expresa en estrategias que varían en su locación (en la casa o en la calle), en el nivel de coordinación que requieren y, lo más importante, en si perpetúan o no

el daño físico. Los vecinos se recluyen en sus casas, refuerzan la supervisión de sus hijos, toman precauciones cuando salen al espacio público (coordinando cómo viajar en grupo o esperar el colectivo de a pares), monitorean los movimientos de sus amigos o conocidos, se turnan para los cuidados en las casas y, ocasionalmente, llaman a las fuerzas de seguridad. También, utilizan la fuerza física (a veces brutalmente) cuando perciben que sus hijos están en problemas o en serio riesgo; y golpean a los que consideran violentos (incluso cuando se trata de sus propios familiares) o a los que consideran malas compañías.

Así como sucede con las clases medias de Argentina y otras partes de América Latina, el amurallamiento de las casas es, en Ingeniero Budge, una de las maneras más comunes de lidiar con la amenaza de la violencia. Se construyen paredes más altas que las separen de calles o pasillos y se protegen con puertas menos frágiles («para que no se pueda tirar abajo o romper») y candados en las ventanas.

También, como sucede en las clases medias, los vecinos asocian el déficit en las condiciones de infraestructura de sus hogares con una sensación

---

20. H. Al-Mohammad y Daniela Peluso: «Ethics and the 'Rough Ground' of the Everyday: The Overlappings of Life in Post-Invasion Iraq» en *Journal of Ethnographic Theory* vol. 2 N° 2, 2012, pp. 42-58.

de inseguridad. Diego, un vecino del NHT, contaba que

Si se arma un tiroteo, estamos todos en riesgo. Algunas casas son de material, pero hay ventanas y están los techos de chapa y las cortinas, eso no frena una bala. A nivel seguridad física es lo más grave. Los más grandes sabemos por lo menos que estamos en peligro, y nos podemos tirar al piso, pero los nenes no. Y acá muchas veces salen heridos.

Esa estrategia es complementaria de otra muy usual también en los barrios: el aislamiento. «Me quedo en casa, miro tele, no me relaciono con nadie» es una expresión que se escucha con frecuencia. Se trata de una maniobra que usan los adultos para su cuidado, pero sobre todo para sus hijos.

Las rutinas dentro del hogar, el establecimiento de horarios y pautas, adquieren un significado especial para conseguir regularidad y evitar los entornos violentos: «Cuando terminamos de comer, todos nos metemos adentro y cerramos la puerta con candado. Cuando abre la feria [de La Salada] hay tantos robos, y siempre pasa algún loco con un arma, y tal vez se tirotean y una bala perdida puede agarrar a mis hijos. Así que nos quedamos adentro. *Tratamos de mantener el mismo plan todos los días*», comentaba una vecina de Ingeniero Budge.

Además de refugiarse en sus casas, los vecinos suelen tener una supervisión especial, una dosis extra en el

monitoreo de las salidas: «Siempre me aseguro de que alguien me vaya a buscar a la parada», «No camino por cualquier lado, y me tomo un remís cuando se hace de noche», cuentan. Esto requiere en más de una oportunidad de una coordinación con otras familias. Lo mismo sucede con los jóvenes y las salidas nocturnas: «A las fiestas vamos en grupo, siempre. Necesitás un grupo grande para salir y es mejor si alguien en el grupo es un jodido, así... bueno, ya sabés... no te pasa nada malo. Si vas con un grupo chico, o peor, solo, los chorros te agarran y te roban».

En el caso de los jóvenes del NHT, estos esfuerzos de coordinación se explican además por el enfrentamiento que muchas veces existe entre las distintas «bandas» de los barrios, que les impide circular de manera libre por los entornos cercanos a sus casas.

Vos por tu barrio podés andar y todo bien. Te ganaste tu respeto y nadie te bardea [molesta]. Pero afuera es otra cosa. Tenés que conocer. Yo me meto en todos lados, pero sabiendo que la puedo ligar. Para pasar el tiempo, te venís a Crovara. Pero de la avenida no salís. Siempre por acá, que está todo bien. Crovara es como un limbo,

contaba con lucidez Jonathan, de 19 años, en referencia a la avenida que une (y divide) Isidro Casanova de Ciudad Evita.

Las formas de protección son similares, independientemente de la natu-

raleza de la amenaza (tanto si se trata de un robo como de un abuso de índole sexual): «Trato de estar siempre con ellos, cerca de ellos, para evitar que algo malo les pase. Cualquiera cosa puede pasar porque en estos días está lleno de atrevidos», nos decía una mamá.

Cuando la posibilidad de control o acompañamiento fracasa o se vuelve incompatible con sus rutinas, los vecinos intentan prevenir el daño con decisiones que afectan el desarrollo de la vida familiar, por ejemplo, a través de la distancia de sus seres queridos. Las notas de campo en el templo evangélico ubicado a metros del NHT de La Matanza reflejan cómo también ellas implican una coordinación con otros:

*3 de septiembre de 2009.* Daniel, el hijo de Liliana, acaba de fumar paco y no quiere bajar del techo del centro comunitario. Con los ojos extraviados, apenas balbucea para pedirle a su madre cuatro pesos. Liliana explica que su hijo consume porque sufre la falta de sus hermanos. «El papá de Dani se drogaba, me pegaba, así que yo lo dejé en una fundación. Primero a los más grandes y después a los cuatro más chiquitos», cuenta. Daniel tampoco vive con ella. Lo dejó en lo de una conocida porque un vecino amenazó con matarlo.

El aviso a las autoridades, y especialmente a la policía –la respuesta que

sería, en principio, la más lógica–, es, sin embargo, la menos frecuente. Un vecino articulaba claramente las razones de esa decisión: «La policía llega siempre tarde, para llevarse el cuerpo si hay un muerto, o para co-serte si te violaron». Lo que David Kirk y Andrew Papachristos llaman «cinismo legal» –la creencia común de que la policía es «ilegítima, indiferente y mal equipada para proteger la seguridad pública»– está ampliamente difundido en Ingeniero Budgete<sup>21</sup>. Ese «cinismo legal» brota de la sensación de falta de predisposición de la policía, pero también se refuerza con la supuesta complicidad entre policías y criminales. Relató Quique, un vecino del NHT:

Una vez fuimos con Mariano a robar a Mataderos. Llevábamos las cosas en una mochila, y bajamos en la remisería y ahí apareció el chispita ese [en referencia a un policía conocido en la zona] y dijo bueno, todo esto es mío. ¡Todo, no quedó nada! Le dijimos que deje algo para nosotros y agarró el teléfono como para comunicarse con los de la comisaría y nos dejó ahí.

Pero las sospechas no se limitan a la complicidad de los agentes. También existen denuncias realizadas por organismos de derechos humanos, como la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH), sobre el modo en que los policías «re-

---

21. D. Kirk y A. Papachristos: «Cultural Mechanisms and the Persistence of Neighborhood Violence» en *American Journal of Sociology* vol. 116 N° 4, 2011, pp. 1190-1233.

clutan» a los jóvenes de esos barrios para cometer delitos, un argumento que los vecinos asumen como parte del sentido común: «La gente no cree en la policía. Dicen que distribuye la droga y que se llevan a los pibes para trabajar para ellos y si no aceptan, los aprieta», contaba Marcela.

Más allá de esta desconfianza en las autoridades, los padres pueden, en algunas oportunidades, acudir a la policía para (re)tomar cierto control sobre sus hijos o cuando detectan que pueden estar envueltos en el consumo de drogas. Lo hacen no por confianza (en una institución que es percibida como altamente corrupta y brutal) sino por impotencia y miedo: impotencia para afrontar la atracción de ciertas drogas (especialmente el paco) y miedo de ver morir a sus hijos por un enfrentamiento o por sobredosis.

### ■ ¿Éticas violentas o crueldad?

El hermano menor de Juan, el hijo de Cristina, se acuerda poco de él. Solo guarda dos escenas. Una, a los cinco años: la primera vez que tomó un arma, escondida entre su ropa. «Cuando me vio Juan, me mató a golpes. Y después vino mi viejo y lo rompió todo a él por pegarme a mí y por tener un arma en mi casa. Pero piñas le daba», recuerda. Si Cristina tenía miedo de que se «armara» una cadena con sus otros hijos, Luis, su marido, estaba dispuesto a evitar ese problema de cualquier manera.

Las prácticas de protección y el establecimiento de rutinas descritas en el apartado anterior encuentran paralelos en muchas comunidades pobres de América<sup>22</sup>. Más enigmático es el uso de la fuerza física para prevenir la violencia o protegerse de ella. Las agresiones físicas pueden ser usadas por los padres para disciplinar a sus hijos y prevenir potenciales situaciones violentas, y por los vecinos, para «educar» o «aleccionar» a los jóvenes más problemáticos.

«Las madres preguntan qué puedo hacer para internarlo ya, para internarlo a la fuerza, te piden que se lo lleven con un chaleco», contaba Mónica, la pastora del templo evangélico donde se brinda atención a los jóvenes adictos al paco en el NHT. Trompadas, patadas, palos y cadenas son recursos utilizados en ciertas oportunidades para mantenerlos lejos de las «malas compañías», o si ya «cayeron» en ellas, para tratar de mantener el control de la adicción a las drogas o el alcohol: «La próxima vez que te vea con un porro, te rompo los dedos», «Vino tan drogado que le pegué en la cara hasta que me quedó sangre en la mano», «Lo encadené a la cama para que no pudiera salir a fumar», son algunas de las confesiones de esos padres.

---

22. Donna Goldstein: *Laughter Out of Place: Race, Class, and Sexuality in a Rio Shantytown*, University of California Press, Berkeley, 2003; Sarah Hautzinger: *Violence in the City of Women: Police and Batterers in Bahia, Brazil*, University of California Press, Berkeley, 2007.

Después de una semana particularmente difícil con su hijo Leonardo, un joven de 16 años adicto al paco, Ana nos dijo: «Le pegué con la escoba. Le pegué en todos lados, brazos, piernas... perdí el control... te juro... lo perdí, no quería parar de pegarle hasta ver sangre». Su voz temblaba, sus ojos estaban llenos de lágrimas, y agregó:

Leonardo me robó muchas cosas. La primera vez que le pegué fue cuando vendió un celular que nos había robado. Le pegué mal. Le agarré los dedos y le dije que si lo hacía otra vez, se los iba a romper, uno por uno, hasta que no pueda robar más. Nunca más agarró un celular, pero roba remeras, medias. Me roba y lo vende por 20 pesos para comprar droga.

Ana tiene miedo de que su hijo termine muerto. Ejemplos de muertes violentas la rodean. Y ella teme que perder el control sobre Leonardo la lleve al mismo callejón:

Todavía me obedece y no trata de pegarme, pero el pibe con el que se droga no respeta ni a su madre. ¿Y si Leonardo es el próximo muerto? Estoy muy angustiada. Cuando viene drogado no sé qué más hacer más que pegarle, porque no me entiende, porque le hablo y no me escucha. Y no quiero pegarle más, por él, por mí, por mis otros hijos que ven todo.

La violencia utilizada como un modo de prevenir más daño también queda ilustrada en el caso de Alicia, de 55 años, su hijo Víctor, de 27 y su amigo Ezequiel, de 17. «Cuando vino Ezequiel a casa, estaba por fumar

otra vez paco. Lo golpeé en la cara. Hijo de puta, le dije. ¿No ves que estás haciendo sufrir a tu mamá? Está preocupada por vos y no pienses en lastimarla porque te voy a pegar más fuerte la próxima vez». De acuerdo con Alicia, Ezequiel necesita respetar a su madre, un respeto que se puede conseguir incluso con violencia física. Como ella misma explicaba en una entrevista: «Cuando Víctor me falta el respeto... todavía tiene las marcas de la cadena de metal con la que le pegué una vez en la cabeza». Alicia no solo le pega con esas cadenas, también lo ata a la cama para que no pueda salir del cuarto. «Lloré tantas veces por él. Le dije que no me gustaba pegarle y que solo lo hacía porque estaba así, drogado».

Los métodos violentos son una forma de establecer límites también con aquellos que, consideran, ponen en riesgo su bienestar y el de sus seres queridos. Relató Cristina, del NHT:

Con Fede nos pasó que un vecino lo mandó a «comprar caramelos». Merca [droga]. Como premio, le dio moneditas, 70 centavos. «Tomá, ma. Mirá qué me dio un señor», me dijo Fede, con esa carita que tiene. Ahí nomás se armó. Lamentablemente uno tiene que tomar medidas fuertes, no podés hablar. ¿Qué le vas a decir? ¿Te equivocaste? ¿Te confundiste? No. Fue mi marido y ese vecino no molestó más. Fuimos duros todas las veces que hizo falta, incluso con mis hijos o con mi familia.

Algunas de las prácticas descritas arriba pueden ser entendidas como

mera crueldad, esto es, la imposición intencional de dolor físico con el objetivo de causar angustia o miedo<sup>23</sup>. Sin embargo, si contextualizamos estos actos, vemos que revelan una intención ética. Si escuchamos con el objetivo a la madre que solo para de pegarle al hijo cuando encuentra sangre en sus manos, o a la que encadena a su hijo, sus relatos no solo describen mecánicas de violencia –el tipo de golpes, las marcas en el cuerpo de la víctima– sino también, y más importante, hablan de una frustración y una impotencia que las motiva a ejecutar esos actos. Si seguimos escuchando, como hicimos durante muchas horas de trabajo etnográfico y periodístico, nos daremos cuenta de que el objetivo último de ese ejercicio no es la producción de miedo. Desde el punto de vista de quienes ejercen la violencia, la producción de miedo es una manera de evitar un desenlace aún peor: adicciones, malas compañías, prisión o muerte. La violencia es entendida y ejercitada como un modo de interrumpir una cadena de peligros que es percibida como común en el barrio. Esa violencia es entonces, paradójicamente, una expresión de cuidado y una manera de cuidar de otros.

## ■ Conclusiones

Este artículo constituye un primer paso en nuestro intento por redirigir la atención desde los efectos más ne-

gativos de la violencia en individuos y comunidades hacia los esfuerzos individuales y colectivos que estos realizan para navegar el peligro y para cuidarse unos a otros en medio de la violencia. Inspirados por la imagen del «hacer tostadas», nos centramos en las actividades más mundanas y menos públicas: rutinas y prácticas de cuidado que dan forma a la vida cotidiana en los márgenes urbanos y que suelen quedar fuera de las descripciones socioantropológicas y periodísticas. Pequeños actos, como cenar a la misma hora todos los días, adquieren una importancia vital para quienes (sobre)viven en medio de la incertidumbre que crea la violencia interpersonal. Son una manera de establecer cierto sentido de normalidad y de control en un ambiente definido por su falta de previsibilidad, constituyendo lo que Das denomina una «ética común de cuidado»: un conjunto de pequeñas disciplinas que la gente común lleva a cabo para proteger a sus seres queridos y mantener una práctica ética en su vida cotidiana. ☐

---

23. Judith N. Shklar: *Ordinary Vices*, Harvard University Press, Boston, 1985.